

## Un soldado en la nieve. Dentro del laberinto de Robbe-Grillet

ANTONIO ALTARRIBA  
Universidad del País Vasco

### *A la vuelta del camino*

A veces al camino se le indigesta la distancia. Se enrosca en una pesada somnolencia y, con presión ofídica, se pone a disolver todos sus trayectos. Nada más dormirse la sangre se le enfría y toda circulación resulta imposible. El camino entonces sueña con serpientes.

A veces el camino no va. Tan sólo vuelve sobre sí mismo. Convierte las idas en revueltas y pierde la dirección en los recovecos. Se muerde la cola y, con silbante parsimonia, se inoculara un líquido mortal que envenena, uno tras otro, todos sus trechos. El viaje entonces se hace gangrena.

A veces el camino se mira al espejo. Clava la fijeza de sus ojos en la brillante capa reflectante y se queda ensimismado. El paisaje se le repite y el aquí se le confunde con el allá. Con el dónde perdido entre reverberaciones, no puede ir a ninguna parte. Bífidamente se bifurca en similitudes y apariencias. Desdoblado, indeciso, sin distinguirse muy bien de su propia imagen, el recorrido se mezcla con el extravío. Desorientado en su pasión narcisista, el camino se ahoga en sí mismo o, quizá, en su reflejo. Se retuerce, su piel se cubre de brillantes escamas y se escurre por la espiral abajo.

A veces el camino se entrega a su alma de reptil.

Sin embargo, y a pesar de lo que pueda parecer, en tan viperinas ocasiones el camino no serpentea ni siquiera reptar. Se estanca. O se atraganta. Los guijarros se le transforman en carraspera y los kilómetros en espasmos de tos. Las vías se le hacen cruces, las prisas rodeos y las líneas zigzags. Sacudido y convulso, se repliega sobre sí mismo y se llena de arrugas. Se estrangula. Se rompe en numerosos pedazos. Cambia su trayecto por calderilla. El camino entonces no salva la distancia. La condena a muerte.

A veces el camino se suicida en laberinto.

Cuando se abre el vientre y desparrama los intestinos entre la salida y la llegada, el viaje se pudre en retortijones. Entonces el andar no hace ni deshace el camino. O lo hace al mismo tiempo que lo deshace.

En el laberinto el tiempo y el espacio transcurren entre un va y un ven indiscernibles. Con la perspectiva obcecada y el horizonte mareado ni las horas ni los lugares pasan. O, si pasan, no se distinguen los unos de los otros. Como un quiste en medio del paisaje amplio y diverso, el laberinto se construye contra el mundo. Encerrado en su remordimiento, niega el resto. Con testarudez reconcomida borra la gradación, el matiz y la diferencia. Se acota a sí mismo y en su reino de filigrana instaura un tiránico régimen. Su ley exige la ignorancia obligatoria y, para que nadie pueda saber, se repite obsesivamente. Todo es lo mismo en el laberinto y, aunque todo importa, todo da igual. Reproduce uniformemente una única forma que construye infatigablemente una y otra — o quizá la misma— vez. Lo que hay en el laberinto es muy poco, pero está mucho. Cualquier lugar es el mismo al mismo tiempo que otro. El paisaje desaparece, se anula en la proliferación de sí mismo.

El laberinto ahoga o, mejor, inunda la singularidad. La cubre de monotonía inidentificable, de aburrida obsesiva igualdad. Todo deja de contar o cuenta lo mismo. Aquí la existencia no se basa en la diferencia. Nada resalta ni destaca ni desgarran el/lo uniforme. Estos principios que rigen normalmente en un espacio abierto se disuelven, desaparecen tras la más cerrada homogeneidad. En el laberinto se impone el reino de la equivalencia. La muerte poda con su guadaña las aristas y los signos distintivos o, simplemente, los envuelve en su sudario. Los elementos que componen el laberinto no existen, más bien desisten o, simplemente, insisten. Insisten hasta la saciedad o hasta el desfallecimiento.

Y, si todo es igual, nada es verdad ni mentira. Mejor dicho, la única verdad es que todo está hecho para engañar. Nada remite a ningún principio verificable ni a ningún criterio externo. Introvertido, el laberinto crea su propio espacio referencial en donde el sentido se pierde. El laberinto sólo significa cansancio, sed, desesperación y desgaste de zapatos. Para frustración de semiólogos, interpretantes o de simples extraviados sus signos sólo se significan. Ni reenvían ni establecen sistema de oposiciones y contrastes. La comunicación se desmaya en la repetición de lo idéntico.

El que entra en el laberinto o al que le entra el laberinto —que también puede ocurrir— se le pierde casi todo. Las avenidas se le pierden en el extravío y las aventuras en la angustia. Las pisadas en sus propias huellas y la fatiga en el hambre. Cuando el laberinto se pone constrictoriamente a poseerle, se le disuelve hasta el esqueleto de la esperanza.

Lo primero que pierde el atrapado en el laberinto es el contraste. Sólo él —el perdido— destaca en medio de la enrevesada uniformidad. Se queda único ante la total indiferencia del entorno. Apenas conserva la suficiente perplejidad para comprobar que, sin lo otro, lo uno (él mismo) carece de funciones y capacidades. Sin sol dejan de existir el oriente y el poniente y, sin objetivo ni dirección, la izquierda se confunde con la derecha. Como además todo lo que percibe es idéntico, da lo mismo que sea antes o después. Contemplar y recordar se convierten para él en una misma operación. Así que se ve obligado a echar la memoria en saco roto y admitir que sólo puede identificar, en un perpetuo presente, su desanimado aliento y su jadeante desaliento. Aislado y amnésico, debe rendirse a la evidencia de su escasa autonomía, renunciar a sus creencias antropocéntricas y reconocer que sin el resto no es nada, que necesita encajar, hacer juego con el mundo para desenvolverse, para tener cualquier noción, para avanzar, para saber que se está moviendo.

El hombre en el laberinto lo pierde casi todo. Pierde el espacio en la uniformidad y el tiempo en la repetición. Únicamente se encuentra a sí mismo. Pero se encuentra perdido. Perdido en sus propios límites.

El hombre en el laberinto quizá conserve la clave secreta que le entregó Ariadna. Pero ni el hilo contiene la salida ni el ovillo el laberinto. La salvación se encuentra en la tensión que separa los dos extremos de la hebra. El hilo de Ariadna no permite entender el laberinto ni descifrarlo ni descubrir su enrevesado misterio. No resuelve el problema de la identidad y del significado ni tampoco alivia la muerte atónita ante lo indistinto. Ni siquiera ayuda a distinguir la verdad del engaño. El hilo de Ariadna sólo sirve para ir tirando.

### *Literatura y laberinto*

En los últimos tiempos a la literatura le ha entrado el laberinto. Padece retorcidas convulsiones, agita la desorientación, la pérdida del sentido y de la dirección y le sube la fiebre porque no encuentra la salida. Los que (se) pierden predominan sobre los que (se) encuentran. Abundan los personajes acurrucados en rincones recónditos de espacios tortuosos. Proliferan los protagonistas que naufragan en proyectos complejos o en búsquedas sinuosas. El laberinto está ahí, enroscado alrededor de las producciones más recientes, condicionándolas estructuralmente y también temáticamente. Basta con citar nombres como Joyce, Kafka, Borges, Butor, Eco... para recordar hasta qué punto sus intrincadas ramificaciones se encuentran sugeridas, incluso claramente aludidas en algunas de las obras más importantes de este siglo.

Resulta difícil y sobre todo largo de explicar esta nueva preferencia de la Literatura. ¿Por qué se ha mudado a este espacio de perdición, de angustia o,



por lo menos, de complicación? ¿En qué otro espacio estaba instalada con anterioridad? Se necesitaría, sin duda, una gran parte de la teoría literaria y un buen pedazo de Historia para dar una respuesta. Quizá se pueda aventurar que en la Literatura no hay espacios, sino visiones y éstas varían en función de los tiempos y de las circunstancias. Estas visiones oscilan entre la *Utopía*, concebida como lugar organizado con perfección en donde reina el encuentro gozoso, y el *Laberinto*, imperio del extravío angustioso. Dos maneras de percibir el mundo que obedecen, sin duda, a distintas posiciones de la retina. Entre la mirada convergente y el extravismo se sitúan las diferencias en la observación de los espacios. Para pasar de una a otra basta con perder el punto de mira. Sin un lugar al que apuntar, sin un punto vital que focalice la visión, sin un corazón que organice y distribuya todo el sistema circulatorio el espacio se disgrega en las indiferencias del laberinto.

En los lugares utópicos se penetra con un voluminoso llavero. Cada acceso sabe a dónde conduce. Las cerraduras están hechas para las aperturas. Todo es distinto y distinguible y los recorridos resultan paseos complacidos en la contemplación del orden. Nítido y radiante el paisaje de régimen utópico siempre produce. Puede a veces parecer escabroso, pero al final acaba desembocando, llevando a alguna parte. Establece trayectos claramente señalizados en donde avenidas principales, plazas mayores y puntos neurálgicos distribuyen y supeditan bocacalles y direcciones secundarias. Todo está hecho o, mejor, organizado para ser encontrado. Cada sitio tiene su cosa y cada cosa su palabra. La vida está basada en la satisfactoria coincidencia con un entorno que podrá ser limpio o sucio, pero, en cualquier caso, siempre comprensible y accesible. La *Utopía* se presenta por lo tanto como la celebración del conocimiento.

Para que la *utopía* se desparrame en *laberinto* sólo se tiene que perder ese centro que tensa los sentidos y determina las órbitas. Desorbitado y con cada ojo mirando en una dirección, el hombre deja de fijarse. Nada llama su atención ni su intención. El mundo no se le sujeta o las retinas le giran en una rotación centrífuga. Los lugares se le difunden o se le difuminan en una indiferencia concéntrica o concentrada. El laberinto se produce por la disolución de una clave profunda, de una básica conexión. La visión laberíntica viene provocada por la pérdida de confianza en su capacidad de coincidir con lo que hasta ahora llamaba realidad. El hombre ha perdido la Verdad.

El laberinto por lo tanto es un sistema que ha extraviado el objetivo o que ha decidido no dárselo. Un sistema en donde las entradas se confunden con las salidas de manera que nunca se puede llegar. No tiene principios ni fines tan sólo intrincado recorrido. En la visión laberíntica todo vale o todo equivale. La construcción del sistema está hecha para demostrar que todo desemboca en

ninguna parte. El laberinto juega y se recrea hasta el mareo con la imposibilidad de saber.

Algunas escrituras, infectadas de esta perplejidad, deambulan por las páginas sin más Norte que el Oeste o sin otro Oriente que el Sur. Sin ningún punto que les sea cardinal, propician la confusión y siembran la maraña. Utilizan la brújula como peonza y se empeñan en demostrar que puede amanecer por cualquier horizonte o atardecer por cualquier noche. Los datos despistan, las seguridades se deshilachan y lo único que indiscutiblemente consta es la letra sobre el papel. Y también ella (la letra) se divierte o se obsesiona con similitudes, identidades o reenvíos especulares en donde la ficción se confunde con su propio reflejo. Historias de (en) laberinto o laberinto de (en) historias que calan e impregnan el propio libro que también se hace dédalo de líneas y de márgenes en donde la lectura pasa y repasa por las hojas, hacia atrás y hacia delante sin llegar a más fin que el cierre provisional del volumen.

Robbe-Grillet es, sin lugar a dudas, o precisamente con todos los lugares repletos de dudas, uno de los autores que más decididamente se integra en este quehacer laberíntico. En su escritura los párrafos se repiten, las descripciones y situaciones aparecen y reaparecen idénticas o con imperceptibles variaciones entre ellas. Las acciones naufragan en espejos que les devuelven inútiles imágenes de sí mismas. El antes y el después desaparecen en la estática multiplicación de formas semejantes. Como en el laberinto, en las obras de Robbe-Grillet todo juega al equívoco. Los ingredientes que las construyen sólo se responden entre sí en una reverberación de ecos que no provienen de ningún sonido, sino, más bien, de la propia espiral que organizan. Las distintas partes —que, de hecho, no son distintas, sino parecidas— se reclaman entre sí obedeciendo a una lógica de la desorientación. El hilo narrativo que, normalmente, conduce a la salida se pierde aquí ante la insistencia de lo aparentemente insignificante. Sólo quedan los caminos que se retuercen una línea tras otra y que se encargan de despistar la lectura, de expulsarla de la intriga y de negarle el desenlace. Los libros de Robbe-Grillet también están hechos con la voluntad de propiciar el extravío o, quizá mejor, la improbabilidad del encuentro.

En este sentido, la novela de Robbe-Grillet *Dans le labyrinthe*, a pesar de estar escrita hace ya más de treinta años (1959), resulta de entrada ya por su título particularmente significativa de esta laberíntica manera de organizar su escritura. De hecho, si bien se mira o si bien se recorre su obra, se podrá comprobar que la mayor parte de su producción obedece a este mismo esquema de construcción. Por ello resultará todavía hoy interesante intentar desmontar esta novela y ver cómo se elabora ese laberinto por el que se pierde el lector, el personaje y el relato. Para conseguirlo habrá que seguir, en cierta medida, un trayecto opuesto al de una parte de la crítica que ha abordado la obra de este

autor. No se tratará tanto de descubrir las posibles claves que explican su novela. No se pretenderá reconstruir la intriga ni descubrir las acciones y las situaciones que una descomposición repetitiva enmascara. No se buscará ese hilo que aglutina y hace narrativamente comprensible (?) lo que en el libro se «cuenta». Muy al contrario se procurará mostrar cómo se disgrega el sentido, cómo se disuelven las seguridades interpretativas, cómo la novela, a lo largo de su retorcido transcurso, pierde el fin.

### *Como construirlo para no salir de allí*

Nevaría de manera uniforme sobre la ciudad. Y la nieve recubriría las calles tapando los bordillos, arrojando con su frío abrigo las aceras, ocultando aristas, agujeros, salientes, descorchones, marcas y colores bajo su helada indiferencia. La ciudad se quedaría en blanco. Sin nada que decir, con todos los signos amordazados por ese borrón impoluto. En grado cero o a cero grados, con todas las señales de vida ateridas, a la ciudad se le borrarían los sentidos y las direcciones. No significaría nada.

Y además la nieve caería sobre el entramado ya de por sí regular de las calles en donde los bulevares se parecen y las casas no se diferencian. Las plazas se confundirían en similitudes geométricas. Las hileras de ventanas idénticas alternarían con puertas de manera equidistante. Y las farolas, forjadas todas ellas en las mismas formas y con los mismos motivos ornamentales, se dispondrían en fila respetando siempre un mismo espacio entre ellas. Y además... además nevaría sobre este trazado repetitivo. Lo uniforme se depositaría regularmente sobre lo indistinto.

En el interior, al abrigo del frío y del viento, sólo tendría lugar el fenómeno atmosférico del paso del tiempo. Y caería el polvo sobre los muebles y sobre la tarima del suelo. Brizna a brizna se iría acumulando una capa cotidiana y monótona en la que se disimularía el color y las texturas. El paulatino diluvio de los días y de los años iría ahogando las diferencias del decorado.

Y además en el interior o, por lo menos, en algún interior que no se sabe si es cuartel, hospital o la «Direction des entrepôts militaires des régions Nord et Nord-ouest» los corredores formarían un dédalo inextricable. Con rítmica insistencia los pasillos desembocarían en puertas y las puertas en pasillos. Todos iguales, perdidos en los cruces con ellos mismos.

Y además sería la guerra que hace a todos los hombres uniformes. Se los confecciona y se los viste y luego les pone en formación homogénea y, acompasadamente, les obliga a desfilar hacia delante, hacia cualquier frente. En el ejército también el uniforme cae cubriendo con indiscernible igualdad la ya de por sí regular formación de los batallones.

Y también sería la guerra porque la guerra cubre los rostros con un manto de cansancio y con una espesa barba en donde cualquier expresión pierde pie, se borra entre arrugas y ojeras, desaparece compartida por todo el regimiento. Sería la guerra porque la guerra iguala a los soldados. Les hace semejantes de ropa y facciones. Y también sería la guerra porque en la guerra los hombres desconfían, tienen miedo a comprometerse y las respuestas son ambiguas «sí, no..., no sé...») y se dicen con voz tenue e indistinguible. Y también porque en la guerra se destruyen las placas con los nombres de las calles, las señalizaciones, cualquier indicación que pueda guiar al extranjero que, en estas circunstancias, suele ser el invasor. Y también sería la guerra porque la guerra no distingue. Se hace un lío con los bandos y los mezcla en la muerte. Confunde las prisas con los avances, los avances con las retiradas, la terquedad con el valor y las ganas de llegar con la victoria. Todo estaría perdido —el soldado en la ciudad, la batalla de Reichenfels y la esperanza— porque sería la guerra.

Y todo ello, ciudad, nieve, interiores, polvo y guerra, se bañaría en una luz difusa, repartida entre la oscuridad y el brillo. Durante el día el cielo cubierto dejaría filtrar una luz difusa y mortecina. Por la noche la penumbra extendería su tenue velo salvo en aquellos lugares en los que la iluminación artificial diera un tajo al negro espeso. La bombilla de la escalera se apagaría intermitentemente alternando, al ritmo sincopado de su reloj, la luz y la sombra. Las farolas desgarrarían las tinieblas en zonas regularmente distribuidas. Justo por el corte sangraría un halo mortecino.

Y así toda la luz sería media. Repartida entre el blanco y el negro. Y como consecuencia inevitable el color debería ser gris. Gris como las mejillas, los párpados, los pómulos, el cabello o como el rostro de los personajes. Gris como los zapatos, el mango del paraguas, la sortija o las cenizas de la chimenea. Gris como la falda, el delantal o los ojos grises de la mujer. Gris como ese punto indecible en el que el brillo se mezcla con la oscuridad. Y no habría más colores o todos ellos serían oscuros, sucios, apagados, con la intensidad sofocada por el fragor de un combate en el que el día no termina de vencer a la noche. Y tan sólo el rojo del mantel de ule de la mesa resaltaría en medio de esta apatía crómica. Pero no se sabría si está ahí para cruzarse en cuadrados vertiginosos con el blanco o para disimular las huellas dejadas por el vino.

Y a la atonía le seguiría la afonía. Y las voces serían de timbre neutro, sin matices, con el sonido desprovisto de sentido. Flotarían en una zona intermedia, en un espectro gris que las haría audibles sin llegar a ser comprensibles.

Y de esta manera, como si un cortocircuito hubiera afectado al entorno, todo aparecería apagado. La luz, los colores y las voces. Como si la guerra les

hubiera racionado la vitalidad, sólo se mostrarían en parte. A media luz, a media voz, a medio color.

Y, por si fuera poco, este conjunto se percibiría desde el cansancio y la fiebre. Y en la nebulosa del agotamiento o de la enfermedad nevaría la alucinación y sobre el paisaje repleto de vueltas y revueltas caería, a grandes copos, el delirio.

Y además todo se repetiría. Una y otra vez pasarían las calles, la nieve se depositaría sobre el asfalto, la luz alternaría con la oscuridad y la noche, con toda la monótona precisión del Universo, sucedería al día.

¿Cómo encontrar(se) en medio de un espacio que se constituye o se destituye de esta forma? Capa tras capa irían desapareciendo pistas y referencias. La ciudad se perdería en la regulada planificación de sus calles y edificios. Y sobre la regularidad del cemento y del asfalto caería la uniformidad de la nieve. Y a todo ello le invadiría la confusión de la guerra. Y el conjunto habría que envolverlo en insípida luminosidad y atonía de voces y colores. Y el paquete habría que ingerirlo en estado de febril desconocimiento. Una y otra vez.

El laberinto se construiría con estos estratificados enmascaramientos. Del espacio sólo quedaría una red sin rasgos, húmeda pero impermeable a la búsqueda. Cualquier exploración resultaría indefectiblemente burlada en la sistemática y superpuesta anulación. Un uniforme sobre otro hasta conseguir borrar toda señal hasta que no quedara ni la señal de haber borrado la señal.

Y esa sería la palabra. Porque tan complejo entramado de acumulaciones obedecería al desarrollo de una sola palabra. Cada una de las capas construiría una manera distinta de manifestarla. *Uniforme*. En la base de la espiral de superposiciones se situaría su doble utilización como adjetivo y sustantivo. Como adjetivo determinaría fundamentalmente el aspecto de la ciudad, con su repartición *uniforme*, la nieve y el polvo con su caída y su manto igualmente *uniforme* y la luz y los colores con su discreta *uniformidad*. Como sustantivo desencadenaría la guerra porque el *uniforme* suele caracterizar al soldado y el soldado sólo se justifica en las batallas. Es decir, que el adjetivo pondría el espacio y el sustantivo el acontecimiento. El resto sería tan sólo producto del encuentro, del cruce entre los campos generados por los dos valores de este único término.

En último y primer término (también *uniforme*) el laberinto surgiría de la palabra. Los enrevesados recorridos serían tan solo desarrollos semánticos. En último y primer término (siempre *uniforme*) el laberinto sólo estaría formado de palabras y el trayecto compondría un libro lleno de letras.

Sin embargo y a pesar de lo insondable del laberinto, un soldado caminaría con su *uniforme* totalmente *uniforme*. No habría salida, no habría ni siquie-



ra posibilidad pero habría un objeto y un destino. Una caja de zapatos o de galletas, envuelta en un papel oscuro y atada con una cuerda en forma de cruz, destacaría bajo el brazo del soldado. Y el soldado tendría una cita, un lugar al que acudir. Alguien debería entregar un paquete. Algo debería de llegar a alguna parte. No habría solución ni escapatoria pero habría voluntad de búsqueda. Y la búsqueda pondría en marcha el laberinto en donde, con parsimonia oficiada, sería estrangulada.

Pero, antes de rendirse, antes de expirar en brazos del cansancio y del desaliento, la búsqueda, como siempre, intentaría el encuentro. A pesar de todo, a pesar de la acumulada uniformidad del entorno, el soldado procuraría descubrir una dirección, derretirle un trayecto a la indiferencia. Su intención y su insistencia tendrían como recompensa el rescuicio. Por el rescuicio que su mano formaría sobre sus ojos para protegerlos del vendaval podría ver, aunque sólo fueran unos cuantos metros delante de él. Por el rescuicio que de vez en cuando le ofrecerían algunas puertas y ventanas le entraría una corriente de ánimo o de inquietud. Por los vanos entreabiertos de la visera de su mano y de los dinteles el soldado daría acceso a su curiosidad o, por lo menos, a su atención. En medio del laberinto, para alimentar su marcha, de vez en cuando se le abriría un intersticio de esperanza.

No le serviría de nada pero le llevaría de un lado a otro o al mismo. Porque, aunque sin llegar, el soldado podría seguir. Podría seguir las huellas que a menudo en el laberinto darían la única señal de vida. Una vida ya pasada. En cualquier caso solamente estas marcas tendrían la posibilidad de destacar, aunque fuera provisionalmente, sobre la homogeneidad de las capas encubridoras. Pisadas en la nieve, un rastro brillante en el entarimado, la silueta de una antigua presencia, de un objeto ya desaparecido recortándose con un color más intenso sobre el manto de polvo, los círculos rojos dejados por el vaso de vino en el mantel... Y sobre todo, resaltando por encima de todas las demás, una señal, la de la cruz.

Pero ninguna huella constituiría una pista. Las pisadas en la nieve se borrarían las unas en las otras. Incluso aquéllas de un muchacho, más claramente distinguibles, desaparecerían ante la posibilidad de otro muchacho calzando el mismo tipo de zapatos y andando de manera similar. Y los aros de vino dejados por el vaso se confundirían los unos en los otros o en el entramado rojo del ule. Incluso la cruz perdería todo su significado, indecisa, sin saber si es huella de cuchillo, de bayoneta, marca en la suela del zapato o lazo con el que se envuelve un paquete.

Habría otros indicios, incluso datos tan concretos como nombres y cifras. Cosida en el uniforme del soldado, se vería una placa de identificación con su

número de matrícula y también otras insignias que permitirían localizar el regimiento y proporcionar otras identificaciones. Se podría saber de dónde procede. Hilvanado en la memoria del soldado, flotaría el nombre de una calle a la que debe llegar. Se podría saber a dónde se dirige.

Pero sería una ilusión porque el número del soldado sería tan precario como una serie progresiva 1 2 3 4 5, y además el uniforme no sería suyo. Y además luego lo cambiaría por otro con las insignias arrancadas de las que tan sólo, como en la nieve, en el polvo o en el mantel, quedarían las huellas. Y el nombre de la calle resbalaría continuamente en el cansancio y en la fiebre y de Galabier caería en Matadier o en Montoret o Montalet y se rompería en Boulard, Boucharet, Bouvard, Brulard y se perdería en Mallart, Malabar, Malar-dier, Montoire y, al final, en una ficticia inalterabilidad, se quedaría estabilizado en Bouvet. No sólo no se podría saber dónde está el soldado, sino tampoco de dónde viene ni a dónde va.

Y aún quedaría la gente y la posibilidad de preguntar o, en último término, de pedir ayuda. Pero las respuestas, como la luz, los colores y como el tono en el que van envueltas, serían ambiguas, grises, sin solución. Como el laberinto no contendrían información. Como las calles no llevarían a ninguna parte.

Aún podría aferrarse el soldado a las identidades personales, a las diferencias y singularidades que proporciona la propia individualidad, pero, cubiertos por la inexpresividad, los rostros resultarían iguales y además, en este último extremo, la ficción vendría a interponer su espejo y a confundir la imagen con la realidad. Los personajes se desdoblarían y perderían hasta la más mínima consistencia al no poder saber si forman parte de una ilustración colocada en la pared o de una escena «realmente» vivida. Y además, también en último término, el delirio desgarraría cualquier viso de verosimilitud y el soldado aparecería contemplando desde la ventana cómo él mismo espera en la plaza con el paquete bajo el brazo. Con la observación a cubierto y la esperanza del encuentro a la intemperie, el soldado se quedaría destrozado, repartido, escindido por la imposibilidad de identidad-identificación. Y, como consecuencia de todo ello, la intriga, extraviada en la indecibilidad del decorado y en los pedazos del personaje, tampoco encontraría el camino.

Sin embargo, para que el laberinto no pareciera tan descorazonador, se incluiría un ingrediente que diera cuerda al movimiento, que tirara del trayecto. Habría un muchacho frecuentemente presente alrededor del soldado que tendría, más que voluntad, posibilidad de conducir. Además el muchacho sería el hijo de la mujer que le abre las puertas de su hogar al soldado, que le da cobijo, le proporciona unos momentos de reposo y le presta un poco de su atención.

La mujer sería el único personaje acogedor. El único personaje que le ofrece algo. Le ofrece a su hijo para que le indique el camino.

Se representaría así, más que una esperanza, un alivio o una ilusión de alivio. Pero el muchacho desaparecería en precipitadas carreras en las que la huida se mezclaría con el juego. No se sabría si quiere llevar a algún destino o jugar al escondite. Se perdería en sus propias huellas o incluso, a veces, en un abrir y cerrar de ojos. No ejercería de guía, sino más bien de alucinación.

Así que tampoco el muchacho serviría de ayuda porque, a pesar de lo que en un primer momento se hubiera podido pensar, se habría leído mal. Evidentemente el muchacho no sería el hilo (le fil), sino el hijo (le fils) de esa improvisada e inestable Ariadna que le tendería una tela de ilusión en lugar de una ayuda. Una vez más descubriríamos que no nos encontrábamos en el laberinto de la araña, sino en el del lenguaje. La mujer —que no sería Ariadna, sino tramposa evocación— no le entregaría al personaje —que no sería personaje, sino inconsistencia especular— ninguna solución. Le entregaría una homofonía. Según cómo se mirara, entre «le fil» (el hilo) y «le fils» (el hijo) habría una mínima diferencia: Ariadna dejaría de ser la reina de la tela para ser madre y esto tan sólo supondría la imposibilidad de Teseo. Pero, según como se mirara, entre «le fil» y «le fils» habría la gran diferencia de una letra. En cuyo caso el mito abandonaría la textilidad y recuperaría la textualidad. La historia perdería la hilación y ganaría la filiación. La esperanza contenida en el mito se descosería por el juego de palabras.

Por lo tanto el soldado estaría totalmente perdido en el uniforme. En el uniforme de la ciudad, en el de su propia —o, quizá, totalmente común— identidad y, sobre todo en el del lenguaje. Sin embargo, todavía podría acogerse al beneficio que proporciona la aplicación de la duda sistemática. Siguiendo los principios cartesianos le resultaría posible reconocer la inestabilidad, la notoria falsedad de todo lo que le rodea. Podría decirse que nada es seguro en su entorno, salvo una indiscutible evidencia: su propio deambular. Camino, luego existo. Y sobre este lema aparentemente indiscutible organizaría las retorcidas bases de su vida laberíntica. El movimiento se convertiría en su razón de ser.

Pero ni siquiera el clavo ardiendo de su propia consciencia le sería concedido para agarrarse. El hecho de andar consistiría en poner los pies uno delante de otro en un balanceo simétrico. Sus pasos producirían un ruido regular de metrónomo. Se subiría y se bajaría por las escaleras siguiendo una rítmica alternancia. Incluso a la hora de correr se avanzaría con acompasada velocidad, se aparecería y se desaparecería de los halos de luz de las farolas siguiendo in-

tervalos y tiempos iguales. Una equilibrada cadencia reglamentaría todos los desplazamientos. Y también cualquier movimiento. Las bombillas colgarían de un hilo balanceándose con regularidad y las sombras se proyectarían de izquierda a derecha y de derecha a izquierda como un péndulo. El movimiento quedaría reducido a vaivén que, como mucho, se alejaría en la perspectiva. Un paso equivaldría a otro, delante se confundiría con detrás y derecha con izquierda. No se avanzaría porque caminar no supondría cambio, sino repetición de identidades. Lo uno se anularía con lo otro, indistintos en su exacta regularidad. El tic se ahogaría en el tac y el tiempo perdería el corazón. El ritmo, repetido de manera tan intercambiable, ni siquiera llegaría a hacerse música. Se quedaría en mero síncope.

Y así se construiría el laberinto. Con todas las posibilidades cruel y sistemáticamente bloqueadas, enterradas o multiplicadas hasta hacer imposible o inoperante la elección. Y el laberinto sería tan despiadado porque en «realidad» no estaría hecho para el soldado, sino para el lector. El lector que, vestido con el uniforme de sus hábitos o con su habitual uniformidad, tampoco podría encontrar ni encontrarse. Con la voluntad interpretativa estrangulada y el significado envenenado al lector no le quedaría más remedio que esperar paciente o, quizá, definitivamente. Esperar a que se termine de gastar el uniforme o, más improbablemente, a que le florezcan nuevas insignias. Esperar a que se acabe la guerra o a que se funda la nieve. Esperar sin condiciones o en un condicional imperfecto. Esperar hasta que el presente sea suficientemente indicativo y señale la salida.